

-Hombre, dijo el tío Manuel, -¿qué te pasa?
Juancito, con mucho esfuerzo, porque no quería llorar pero no podía evitarlo, dijo -no traje mis zapatos.

-El tío Manuel rio y dijo -anda muchacho anda, anda, busca tus zapatos.

Juancito tragó y sus ojos brillaron, y corrió lo más rápido posible hacía su casa, solamente miraba el camino polvoriento por el que había venido más temprano con sus padres, el tiempo parecía eterno, Juancito quería salir en esa fotografía -una foto, pensaba, mientras miraba el suelo y corría en busca de su único par de zapatos.

Llegó a la casa y abrió la puerta, no había llaves o cerraduras, no había ladrones o nada que robar. Empezó a buscar por todas partes, debajo de las viejas camas, en la pequeña cocina, en los baúles, pero no encontraba los zapatos. Se subió en una silla y revisó arriba de los estantes, pero los zapatos no aparecían. Juancito conocía a su madre, seguro había escondido los zapatos para que no se los pusiera sólo para ensuciarlos.

Derrotado, se sentó en el borde del piso que rodeaba la casa de madera, sus pequeños piecitos descalzos, de hombre de ocho años, aunque tuviera cinco, colgaban, mientras lloraba amargamente. Lloró y lloró, mientras cuidaba que no viniera nadie. Cuando sintió que no podía llorar más, se lavó la cara con un poco de agua que tomó del cántaro de la cocina y volvió despacio por el viejo camino a casa de tía Selsa. Llegó con la cabeza agachada.

-No encontré los zapatos tío, dijo, sin levantar la mirada.

-Ponte allí para que salgas en la foto, qué importan los zapatos, dijo tío Manuel muy sonriente, mientras zarandeaba a Juancito, tratando de animarlo.

Allí estaban todos, frente a aquella casa de madera construida al estilo Chiriquí Land Company. Selsa, Daniel, Anel, Selsita, Leticia y Juancito, quien sólo un segundo antes que su tío presionara el obturador, sonrió. En la fotografía su cara salió resplandeciente; con la luz de la inocencia.

ANA LORENA SÁNCHEZ OTERO. Chiriquí, 1976. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP. En 2004, Mención de Honor, en el III Certamen Internacional de Editorial Nuevo Ser, categoría cuento breve.

Resoluciones

POR CARLOS GÓMEZ

Desde aquí la ciudad tiene un aspecto diferente, los sombríos atardeceres parecen adornados con nubes de oro mordidas por el sol, algo que nunca había visto antes. Las gotas de lluvia caen de los techos congeladas en el tiempo y los charcos de la carretera que reflejan las luces de la calle tiemblan al ver el cielo ser conquistado por la noche. Aún los rincones más oscuros, donde la tarde se ha ido más rápido, dejan de ser los nidos de ratas de siempre, para volverse solo depósitos absurdos e irreconocibles de hojas muertas por el invierno, todas las demás hojas vuelan siguiendo su rumbo por las calles hasta terminar ahí, en el olvido, sin pulso, pálidas. El único ruido que se escucha son los autos al pasar sin ir a ningún lugar, el camino que se extiende entre los grises edificios y el vapor de las alcantarillas se prolonga hasta el horizonte y los lleva al infinito, el vértigo es el único sentido...

...Y lo puedo ver, caminando por las calles inexistentes de sus delirios, perdido, acogido a sus pensamientos, resguardado del frío de la noche por medio de laberintos tejidos en base a elucubraciones sobre su futuro o la falta del mismo. Lo puedo ver y aunque parece él, no es sino la sombra de un pasado vencido, de un sueño rendido, por eso es que parezco saber sólo lo que me han contado. Aunque lo conozco bien, su voz aún resuena en mis oídos y su silencio contrae mi corazón. Tal vez no recuerda quién soy, pero ni yo recuerdo quién soy, porque la espiral en la que estamos girando nos ha robado la identidad.

Esta tarde de invierno es igual a aquella en la cual lo conocí, cuando lo vi empapado de alcohol en la esquina del bar. Juro que las calles se ven

iguales ahora si miro hacia ese lado, pero su silueta maltrecha ya no está estancada en ese lugar donde le dije hola y él sólo movió la cabeza como queriendo decir “No necesito más amigos, ya tengo suficientes”, mientras en sus ojos se dibujaba su nombre: Julio. No habló mucho, yo no tenía nada que decir, y en el mutismo nació la amistad, empezamos a caminar juntos por el boulevard.

Llegamos 10 minutos después, bajo el aguacero, a ese lugar fuera del tiempo y el espacio lleno de astillas de vidrio y platos rotos, infestado de ratones fanáticos de Led Zeppelin que llamaba su casa y me invitó a pasar, éramos personificaciones de charcos que se paseaban por la habitación, esquivando las goteras, buscando un poco de calor. Ahí dentro, entre esas cuatro paredes los bajos de su voz se acentuaban, las paredes manchadas iban perdiendo del todo el color mientras avanzaba la noche, me contó cómo había llegado al pueblo, cómo había muerto su madre y que nunca había conocido al padre. Una tragedia tras otra, una cicatriz gigantesca que nunca sanaría, pero que se apaciguaba con la garganta de chimenea y la nieve en la cabeza. Abrimos las botellas y todo empezó a dar vueltas, era una canción. Esa fue la primera vez que lo vi y solo esa visión bastó para corromper mi alma, para reconocerlo entero por estar hecho pedazos y yo en vez de recogerlos y juntarlos me dejé arrastrar por la ola que me envolvía en esa habitación iluminada a medias, no debí seguirle aquella noche. Salí de su casa al mismo tiempo que los fantasmas anuncian la media noche y lo dejé tirado en un rincón, con la frente golpeando sus rodillas, como si acabara de nacer.

Regresé a verlo en la mañana, las calles aún estaban mojadas de la lluvia del día anterior y aunque no recordaba muy bien cómo llegar, me dejé guiar por el resplandor de las luces rojas y azules de la ambulancia que estaba estacionada afuera y el escándalo de los oficiales que acordonaban la puerta de entrada con su cinta amarilla. Los paramédicos empujaban una camilla. Era la impresión más real que había tenido en toda mi vida, verlo con el sudor en su frente y sus mejillas lívidas, un aspecto pálido y profundo como si el tiempo se estancara en su piel. La policía me hizo unas

preguntas y yo les contesté la misma historia que Julio me contó en la víspera. Apenas salí de la estación, me dirigí al hospital central, donde de seguro lo llevarían. Caminé distraído, estaba seguro que no había muerto, pero en su cara demostraba la gravedad del asunto.

Sentado frente al cuarto donde esperaba una respuesta de los doctores veía a Julio traslúcido, detrás de las cortinas, retorcerse y revolcarse en su cama, las enfermeras no me dejaban entrar, los pacientes del pabellón de enfermedades mentales, decían, son muy inestables y lo mejor es que nadie los visite hasta que se recuperen. Yo me moría por saber qué pasaba.

Un doctor muy joven y de seguro inexperto se acercó a mí esa misma tarde cuando Julio dormía y me contó lo que había ocurrido. Empecé a ir todos los días a verlo. No puedo decir qué me ataba a ese ser humano o a los restos que quedaban de él tirados en esa cama, con los brazos vendados y los ojos en blanco, pero no podía irme y dejarlo solo como habían hecho todas las demás personas, no podía darle la espalda también, cuando más nadie le daría nada. Julio podía escucharme cuando yo le hablaba y podía ver sus ojos moviéndose dentro de sus párpados, era como si dentro de sí librara una batalla por salir de ese estado, la guerra interna ha de ser feroz cuando no se tienen motivos para vivir pero el cuerpo se aferra a seguir consumiendo oxígeno y bombear sangre.

Debo decir, que Julio era más bien un fantasma allí acostado, no hablaba y luego de varios días, los espasmos que lo acosaban al principio habían cesado completamente, de manera que solo se podía ver el movimiento de sus pulmones bajo su pecho, las demás partes de su cuerpo estaban estancadas por el peso de los huesos y la incapacidad de los músculos. Sus brazos habían quedado en muy mal estado luego de la ingesta de veneno para ratas que había consumido la noche en que lo conocí, la sangre en ellos se había empezado a coagular para cuando lo encontró la señora que cobra la renta en la mañana y su piel estaba toda llena de quemaduras y cortadas profundas.

Siempre me pregunté qué podría estar soñando, por la violencia con que sus ojos se movían, tal

vez imaginaba caminar por planetas lejanos, veía formas que nunca se han visto en la tierra ni se pueden imaginar despiertos, colores diferentes, volaba sin límites de espacio. Tal vez luchaba con Caronte, lo sobornaba para que lo llevara de todas formas al otro lado del río, pero el viejo gruñón no lo dejaría pasar aún, no mientras las máquinas hicieran su trabajo, no mientras el respirador siguiera insuflando el aire vano, ni aunque las otras manos le tendieran ayuda, lo empujaran y jalaran a ahogarse en ese lago eterno. Afuera del hospital, el invierno se hacía fuerte, los días pasaban más fríos y yo prefería estar ahí viendo esa escena de muerte, leyéndole un libro antes que vagar por las calles en las que vivía. Salía sólo a conseguir algo de dinero y a reencontrarme con el vicio del bar. Todas las tardes antes de irme le susurraba al oído que luchara, que se recuperara pronto, porque teníamos tanto por saber. Él, mi amigo que acababa de conocer, se había vuelto un refugio para mí, alguien quien en el silencio comprendía las penas que me agobiaban, que tenía la fuerza para hacer lo que yo nunca pude hacer, halar el gatillo.

Conforme pasaban las semanas se veía mejor, el bulto que yacía en la cama parecía retomar color, retomar sus rasgos de vida en la cara y yo me convencí de que podía escuchar, a lo lejos, las voces que llamaban angustiadas, pidiendo una segunda oportunidad, su nombre y al mismo tiempo podía sentir la oscuridad envolver lo más interno de su corazón... y se dejaba llevar mientras el veneno entraba, haciendo presas a sus brazos, mezclándose poco a poco con su saliva... ¿Fue ese sabor en su boca lo que lo convenció de sus propósitos? Poco a poco se fue envolviendo en la telaraña que él mismo había tejido, y empezó a perder el rumbo, hasta que decidió no tratar más y resignarse al mandato tirano del destino.

Los días terminaron abruptamente, sus ojos se abrieron y vieron la decadencia, la ruina y la ironía en la que todo se había hundido, pero sus ojos siempre estuvieron abiertos, sus ojos siempre vieron que había algo más allá de lo que parecía... el agua que nos llamaba. Yo no estuve ahí para verlo, pero el doctor me contó la serenidad con la que Julio se había levantado una mañana, tomó unos

medicamentos y luego de varias pruebas volvió al cuarto. Fui a verlo al mediodía y lo encontré sentado leyendo el libro que yo solía leerle, 4 páginas después de donde lo había dejado el día anterior, le costaba cambiarlas por el mal estado en que estaban sus brazos, conversamos horas ese día y todos los días que iba a visitarlo. Sé que Julio era feliz al verme, y aunque hablábamos de todo un poco, nunca le pregunté qué motivos lo habían empujado a querer suicidarse con el veneno de ratas, aunque él era mi amigo, yo sentía que debía respetar sus decisiones.

Día con día su rostro conseguía más luz, sus pensamientos más lucidez y aunque al principio le costaba un poco articular sus oraciones en un par de semanas era tan elocuente como la primera noche. Me alegraba verlo así, rejuvenecido. Los doctores le realizaban pruebas casi siempre para medir su progreso y la asistencia psicológica parecía darle un nuevo aire a su futuro, siempre que se dirigían a mí me contaban que estaba muy optimista y con ganas de salir a rehacer su vida. Todas las noches Julio me contaba los planes que tenía y sus deseos de ser un gran escritor. Ansiaba el día de salir de ese hospital. Si yo hubiera tenido una casa le hubiera ofrecido un lugar donde ir, pero yo también vivía en la calle o en el bar, dependiendo de donde me encontrara el sueño.

El invierno terminaba cuando la enfermera trajo la aprobación de dar de alta al paciente Julio Venegas de 24 años. Cuando terminamos de recoger todo de su habitación lo esperé afuera de la sala para que se vistiera. Caminamos por el bulevar a paso lento porque sus piernas no se habían restablecido con la terapia del todo aún, lo dejé en su casa con sus ratones y sus goteras. El lugar no había cambiado, el polvo no había entrado y la lluvia nunca lograba inundarlo. La casera le había dado dos meses gratis por la impresión de haberlo encontrado tirado con espuma en la boca en el piso la vez anterior. Me quedé a dormir allí varias noches para cuidarlo, y siempre se despertaba a las tres de la mañana asustado y sudando, la movilidad de sus manos volvía lentamente y le costaba tomar un vaso de agua, que siempre me tocaba darle. Julio era mi mejor amigo, así en su estado



convaleciente, en sus locuras y miedos absurdos. Cuando la segunda semana llegó decidí dejarlo solo e irme a la calle como siempre. Él aceptó, más seguro cada vez de sí mismo. Así que nos encontrábamos todos los días para ir al bar en la noche y hablar un rato. Creo que Julio me consideraba su amigo también y a pesar de que su presencia siempre reflejaba sombra y el dolor de su aspecto físico, parecía que iba en buen camino.

Existen algunos seres en el mundo que por más que logren dejar pasar los rayos de luz a sus almas, no pueden llenarse con ellos. Necesitan los días de lluvia y la oscuridad para sentirse en balance, son esos seres que han visto demasiado de la irrealdad que mueve el mundo, porque ningún camino es correcto y ninguno los lleva a ningún lugar, es ese momento inoportuno cuando descubren la vanidad absurda que cubre las venas que laten, los pulmones que respiran, los brazos que abrazan y los corazones que aman. Y así, en ese estado descompuesto por el final del invierno, me encontré con Julio una noche en la calle antes de ir al bar. Me dijo que ese día no iríamos, que caminaríamos. Recorrimos calles desiertas, con el frío en las manos y calentando serpientes en el pecho, demasiado cerca del corazón, hasta que llegamos

a un puente peatonal y nos detuvimos en el medio a mirar el paisaje, desde allí la ciudad tenía un aspecto diferente, los sombríos atardeceres parecían adornados con nubes de oro mordidas por el sol, algo que nunca había visto antes. Las gotas de lluvia caían de los techos congeladas en el tiempo y los charcos de la carretera que reflejaban las luces de la calle temblaban al ver el cielo ser conquistado por la noche. Aún los rincones más oscuros, donde la tarde se había ido más rápido, dejaban de ser los nidos de ratas de siempre, para volverse solo depósitos absurdos e irreconocibles de hojas muertas por el invierno, todas las demás hojas volaban, siguiendo su rumbo por las calles hasta terminar ahí, en el olvido, sin pulso, pálidas. El único ruido que se escuchaba eran los autos al pasar sin ir a ningún lugar, el camino que se extiende entre los grises edificios y el vapor de las alcantarillas, se prolongaba hasta el horizonte y los llevaba al infinito, el vértigo es el único sentido cuando se mira hacia abajo y se ronda mentalmente la distancia.

Julio me pidió que buscara algo de tomar en el bar, bajé las escaleras rápido, apuré el paso al entrar a un callejón oscuro. Miré hacia atrás en la penumbra por miedo y vi la imagen completa, como un círculo de puntos que de pronto se cierra. Corrí de regreso al puente y desde la entrada del callejón vi a Julio lanzarse, con sus brazos extendidos, cortando el viento. Parecía un ángel caído que por fin lograba su cometido, llegando a ese lugar donde el destino siempre lo había llevado, ese lugar por el cual yo lo había encontrado y dado la mano. Pude ver una sonrisa en su rostro, justo antes que su cara golpeará la carretera y la lluvia coagulada se volviera rubí, mientras el asfalto se tragaba su aliento y le mostraba la salida definitiva de su laberinto. Al final no había luz en los acosos de sus resoluciones ni vuelta atrás. Aquella tarde fue la última del invierno de 1996...

CARLOS GÓMEZ nace en La Chorrera el 7 de Julio de 1989. Es estudiante de Psicología de la Universidad Interamericana de Panamá y trabaja en el departamento de Servicio al Cliente de la Compañía International Call Center Services. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la Universidad Tecnológica de Panamá.